Alfredo Espino

Jícaras tristes

BIBLIOTECA BASICA DE LITERATURA SALVADOREÑA

NOTA EDITORIAL

Sin duda Alfredo Espino es el poeta que más ha sabido cautivar el corazón del pueblo con perennidad, en íntima comunión con sus amarguras y alegrías. Todas las anteriores ediciones de **Jícaras tristes** — desde la primera, hecha por la Universidad de El Salvador en 1936— han sido agotadas en poco tiempo.

Alfredo Espino nació en Ahuachapán el 8 de enero de 1900 y murió en San Salvador el 24 de mayo de 1928. Su sensibilidad capta el paisaje y el ambiente salvadoreño y lo devuelve con fuerza expresiva, sin olvidar la ternura que más bien está en el trasfondo de cada uno de sus poemas. La temática de Alfredo Espino está hecha de todas las cosas con que el hombre se encuentra en su trajín por la geografía salvadoreña: el pájaro, el volcán, el cañaveral, la tarde, el valle, el río, los bueyes o el rancho.

El poeta es aquí un espectador atento a los detalles que le rodean. Es también un ojo que los captura y estampa, que los vuelca emocionado, con fescura y sencillez, con fidelidad fecunda. Íntegra en sus versos todo lo que es nuestro. Hace que el hombre de la ciudad recupere el verdor extraviado entre los horarios y el asfalto. Al
hombre del agro logra devolverle poéticamente su ambiente cotidiano, duro las más de las veces. De este forma, la delectación del salvadoreño es la tierra, su tierra joven y antigua, tibia y alambrada; la tierra de donde todos procedemos.

He aquí, pues, una nueva edición de Jícaras tristes, una obra juvenil escrita junto al latido del corazón del pueblo en poemas que pertenecen a nuevas y viejas generaciones. Poesía que no conoce tiempo...



Casucas

CANTEMOS LO NUESTRO

¡Qué encanto el de la vida, silos natales vientos
en sus ligeras alas traen ecos perdidos
de músicas de arroyos y música de nidos,
como mansos preludios de blandos instrumentos!

¡Qué encanto el de la vida, si al amor del bohío,
y entre un intenso aroma de lirios y albahacas,
miramos los corrales donde mugen las vacas
y oímos las estrofas del murmurante río!..

El terruño es la fuente de las inspiraciones:
¡A qué buscar la dicha por suelos extranjeros,
si tenemos diciembres cuajados de luceros,
si tenemos octubres preñados de ilusiones!

No del Pagano Monte la musa inspiradora
desciende a las estancias de pálidos poetas:
en nuestra musa autóctona que habita en las glorietas
de púrpura y de nácar, donde muere la aurora.

Es nuestra indiana musa que, desde su cabaña,
desciende coronada de plumas de quetzales
a inspirarnos sencillos y tiernos madrigales,
olorosos a selva y a flores de montaña.

Vamos, pues, a soñar bajo tibios aleros
de naranjos en flor.., cabe los manantiales:

octubre nos regala sus rosas y vesperales;
diciembre las miríadas de todos sus luceros.

ASCENSION

¡Dos alas!... ¡Quién tuviera dos alas para el vuelo!...
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido.
¡Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido,
que si no hiera un mar, bien sería otro cielo!...

Cumbres, divinas cumbres, excelsos miradores...
¡Qué pequeños los hombres! No llegan los rumores
de allá abajo, del cieno; ni el grito horripilante
con que aúlla el deseo, ni el clamor desbordante
de las malas pasiones... Lo rastrero no sube:
esta cumbre es el reino del pájaro y la nube...

Aquí he visto una cosa muy más dulce y extraña,
como es la de haber visto llorando una montaña...
el agua brota lenta, y en su remanso brilla
la luz; un ternerito viene, y luego se arrodilla
al borde del estanque, y al doblar la testuz,
por beber agua limpia, bebe agua y bebe luz …

Y luego se oye un ruido por lomas y floresta,
como si una tormenta rodara por la cuesta:
animales que vienen con una fiebre extraña
a beberse las lágrimas que llora la montaña.

Va llegando la noche. Ya no se mira el mar.
Y qué asco y qué tristeza comenzar a bajar...

(¡Quién tuviera dos alas, dos alas para un vuelo!
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido,
con el loco deseo de haberlas extendido
sobre aquel mar dormido que parecía un cielo!)

Un río entre verdores se pierde a mis espaldas,
como un hilo de plata que enhebrara esmeraldas...

VIENTOS DE OTUBRE

(A la luz del fogón)

¡Quizás ya no venga! ¿No s'hia dado cuenta
de que están soplando los vientos de octubre
y que el barrilete vuela, y ya no cubre
como antes al cerro, nube de tormenta?
Hoy s'iajusta el año y él me dijo: "Anita,
entre algunos días regreso por vos";
pero no lo quiso quizá tata Dios
¿Verdá, madrecita?

Cuando veyo el rancho de paja, el ranchito
q'él estaba haciendo pegado a la güerta,
y veyo tan sola y cerrada la puerta

y yeno de montes aquel caminito,
siento que me muerde, aquí dentro, un dolor,
y que l'alegría también se me ha ido,
y me siento agora, lo mesmo que un nido
que no tiene pájaros, ni tiene calor...

Naide me lo ha dicho, pero es la verdá.
En la madrugada tuve un mal agüero:
se estaba apagando, mamita, el lucero
detrás de aquel cerro que se mira allá,
y asina s'iapaga también lo que quiero...

No tengo ni ganas de mirar p'ajuera.
¿Qué l'hiace que vengan, que vengan los vientos
si a mis sufrimientos
nada güeno traen de lo que quisiera?
Ciérreme la puerta. Siento que me cubre
un frío las manos, Dios sabe qué tienen...
¿Qué no s'hia fijado lo tristes que vienen
agora los vientos,
los vientos de otubre?

ESTA ERA UN ALA

Siempre remuneraba mi visita
con el oro de un cuento encantador;
la candidez vivía en la ancianita
como el agua del cielo en una flor...

Adoraba los niños y lo azul;
siempre andaba vestida de candor,
y olía a albahaca y alcanfor
la ropa que guardaba en el baúl...

Qué tempraneras ella y las palomas:
a causa de que el patio se cubría
de flores, casi siempre amanecía
bajo los árboles, barriendo aromas...

Y en la noche, a la luz del lampadario,
rezaba con tan honda devoción,
que la luna asomándose al balcón,
la hallaba con el alma en el breviario.

Una noche de tantas... ¡ay! mi amiga
ya no volvió a asomarse al corredor.
“Está mala”, dijeron: “un dolor,
un cansancio, un silencio, una fatiga”...

Llegó el doctor, se puso a recetar
murmurando en voz baja: “está muy mala”...
Y supe el cuento triste: esta era un ala,
cansada de volar...

¿Y se fue? Como todo; cuatro cirios
llenaban el cuadrito de tristeza.
¡Cómo se confundía con los lirios

aquel santo blancor de su cabeza!

BALSA DE FLORES

Aquel caserío tenía un modo
de ser, especial:
el aire más fresco, más límpido, y todo,
¡todo era un paisaje pintado en cristal!

Por lo suave y dulce, por lo plañidera,
la voz de las aves casi era un suspiro...
Y era azul la sierra, la sierra lejana, cual si uno la viera
detrás de un zafiro...

Para la tristeza de aquellos senderos
tenían las flores perfumadas frases;
y en los tamarindos, con los clarineros,
gemían zenzontles, lloraban torcaces...

Los ranchos de tejas por el sol doradas,
agrestes surgían entre el rumoroso verdor de las cañas,
y los limoneros dábanle sus sombras aterciopeladas
al balcón abierto frente a las montañas.

Y tú eras la esquiva, morena poblana;
y yo era el viajero lleno de ilusión;
y cuando asomabas ¡qué linda se hacía la alegre mañana
como si brotaran rosas del balcón!...

Y balsa de flores fueron tus amores,
morena, poblana, miel de los cañales...
Y mi amor fue el agua que lloró raudales
para que flotara la balsa de flores...

UN RANCHO Y UN LUCERO

Un día —primero Dios!—
has de quererme un poquito.
Yo levantaré el ranchito
en que vivamos los dos.

¿Qué más pedir? Con tu amor,
mi rancho, un árbol, un perro,
y enfrente el cielo y el cerro
y el cafetalito en flor...

Y entre aroma de saúcos,
un zenzontle que cantara
y una poza que copiara
pajaritos y bejucos.

Lo que los pobres queremos,
lo que los pobres amamos,
eso que tanto adoramos
porque es lo que no tenemos...

Con sólo eso, vida mía;
con sólo eso:
con mi verso, con tu beso,
lo demás nos sobraría...

Porque no hay nada mejor
que un monte, un rancho, un lucero,
cuando se tiene un “te quiero”
y huele a sendas en flor...

EL NIDO

Es porque un pajarito de la montaña ha hecho,
en el hueco de un árbol su nido matinal,
que el árbol amanece con música en el pecho,
como que si tuviera corazón musical...

Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma,
para beber rocío, para beber aroma,
el árbol de la sierra me da la sensación
de que se le ha salido, cantando, el corazón...

LA MATARON UN DIA

“La mataron un día que se jue a traer l’agua..
¡Un hilito de sangre le manchaba la nagua!”

Ya no vendrá la moza de ojos madrugadores.
Solamente cantando de un maizal de las lomas
a mojarse las alas vino un par de palomas,
de esas que a veces bajan a los patios con flores,..

Inquietaron la poza. Marcháronse juntitas.
Sólo se oyen rumores de la finca cercana.
Unas ramas se mueven, turbando la mañana
y en lenta lluvia caen flores y hojas marchitas.

Poza de aguas celestes: los besos montañeros
han desnudado ramas para tejer tus velos;
eres azul y honda de tanto mirar cielos,
y eres trémula y clara de tanto ver luceros.

Muchacha de ojos negros como dos “clarineros”,
desde que te llevaron, pálida, entre una caja,
ya a la poza con flores tu mamita no baja.
se acuerda de tus ojos cuando ve los luceros
parpadeando en la poza llena de aguas claritas.

Ya el cántaro no baja,
se secan los bejucos en tu rancho de paja.
Cada día amanecen unas flores marchitas...

ALLÁ...

Lucita, ¡ qué pena
me da ver, envueltos en tímidos lampos

de luna, tus campos,
tu tierra morena;
la loma que se alza
con los capulines por que suspirabas,
y aquellos caminos por donde pasabas
bañada y descalza!
¡ Qué pena tan triste!
Tu campo está en sombras, pues tú eras la luz;
y en el camposanto, luego que te fuiste,
han puesto otra cruz...
Un día dijeron que estabas perdida,
y a tu propia vieja la hirieron abrojos;
y cuando el verano desnudaba huertos
a tu madrecita la hallaron dormida,
pero con los ojos
abiertos...
Tú no comprendías, que era la ciudad
fuego que consume con sus luces malas,
y que a las Lucitas les quema las alas
de la ingenuidad...

LOS OJOS DE LOS BUEYES

¡Los he visto tan tristes, que me cuesta pensar
cómo siendo tan tristes, nunca puedan llorar!...

Y siempre son así: ya sea que la tarde
los bese con sus besos de suaves arreboles,

o que la noche clara los mire con sus soles,
o que la fronda alegre con su sombra los guarde...

Ya ascendiendo la cuesta que lleva al caserío,
entre glaucas hileras de cafetos en flor...
o mirando las aguas de algún murmurador
arroyuelo que corre bajo un bosque sombrío...

¿Qué tendrán esos ojos que siempre están soñando
y siempre están abiertos?...
¡ Siempre húmedos y vagos y sombríos e inciertos,
cual si siempre estuviesen en silencio implorando!

Una vez, en la senda de una gruta florida
yo vi un buey solitario que miraba los suelos
con insistencia larga, como si en sus anhelos
fuera buscando, ansioso, la libertad perdida...

Y otra vez bajo un árbol y junto a la carreta
cargada de manojos, y más tarde en la hondura
de una limpia quebrada, y en la inmensa llanura,
y a la luz de un ocaso de púrpura y violeta...

¡Siempre tristes y vagos los ojos de esos reyes
que ahora son esclavos! Yo no puedo pensar
cómo, siendo tan tristes, nunca puedan llorar
los ojos de los bueyes...

HUERTOS NATIVOS

Bajo toldos de rubios naranjales
serpentea el camino polvoriento
todo lleno de aromas y de viento,
lleno de músicas primaverales.

A las primeras luces matinales
pasa el ganado con su paso lento...
y va el gañán detrás, sucio y mugriento
cabalgando en su potro a los corrales.

Junto a la vieja puerta la ubre ordeña
y la leche, aromada, y espumante,
burbujea en la jarra rebosante.
Y el sol, a su caricia lugareña
enciende el naranjal, fresco y sonoro
cual si puñadas le arrojase, de oro...

De entre el verde follaje, la cabaña
destaca el techo rústico, pajizo.
A un lado está el bambú de áureo carrizo
crujiendo entre el verdor de la maraña.

Mece a lo lejos la flexible caña
su alto penacho, por el viento rizo
y al ondular, su cálamo macizo
alza el rumor de una canción extraña.

Entre belleza tanta no hay, empero,
una que al alma inspire más dulzura
que aquella lejanía de esmeralda,
recamada de virgen espesura...
surge de ahí una loma y en su falda
ondea su abanico un cocotero...

LA TARDE EN EL PUEBLO

Esta tarde de enero no tiene la pureza
de aquella tarde muerta que ya echaste al olvido;
sobre la misma hierba, cansada, se ha tendido,
y enferma de recuerdos, la hermanita tristeza...

Sin embargo es la misma transparente belleza...
El viejo campanario, y el paredón florido,
y el amate a la vera de la senda erigido
con los brazos abiertos a la humilde pobreza.

De las casas hincadas bajo de la arboleda,
la tarde está agitando sus pañuelos de seda,
y la vida en el pueblo pisa alfombras de calma.

...Y yo no quiero nada: me dejo de ser mío,
porque sobre el camino —largo como un hastío—
persiguiendo tu sombra se va toda mi alma...

LOS OJOS DE LA CRIOLLA

Unas veces es clara, y otras veces trigueña
cual la tierra quemada por el fuego del sol. . . .
La criolla que en los labios lleva un tenue arrebol
y en los ojos oscuros lleva un alma que sueña...

Cuando lloran las cuerdas de una triste guitarra,
se le tiñen los ojos de un color de ilusión
y del cálido pecho se le va el corazón,
cuando lloran las cuerdas de una triste guitarra...

En las pálidas horas de las noches de luna,
bajo el toldo discreto del amate sombrío,
le reflejan los ojos cual las ondas de un río
en las pálidas horas de las noches de luna. . .

Cuando va los domingos a la iglesia cercana,
con sus ojos oscuros de color de aceituna,
los piropos la siguen y el amor la importuna,
cuando va los domingos a la iglesia cercana...

Cuando lloran las cuerdas de una dulce guitarra,
en las pálidas horas de las noches de luna,
se entristecen sus ojos de color de aceituna,
cuando lloran las cuerdas de una dulce guitarra.

AIRES POBLANOS

Yo no sé qué gracias sugestionadoras
tienen estos pueblos de casitas blancas,
llenos de arboledas, llenos de barrancas
y muchachas frescas y madrugadoras.

Quietos pueblecitos, donde la campana
de la vieja iglesia canta de alegría
cuando tras las cumbres de la serranía,
llena de rubores ríe la mañana...

Yo no sé qué gracias llenas de candores
tienen estos pueblos plácidos y quietos
donde las abuelas duermen a sus nietos
dentro las hamacas de los corredores...

Dulces pueblecitos donde las cigarras
cantan en los claros días abrileños,
mientras a la lumbre de amorosos leños,
ritman sus tonadas trémulas guitarras.

Plácidos rincones donde la existencia
corre mansamente, como un agua pura;
donde hasta los vientos, plenos de frescura,
llevan en sus alas notas de inocencia...

Yo no sé qué encantos sugestionadores
tienen estos pueblos, blandos como un nido

donde el dulce olvido, donde el dulce olvido,
pone un manto rosa sobre los dolores...

EL SALTO

Escena regional; urente sol de estío;
una grácil parásita cuelga su escalinata
de alas de mariposa, pájaros de escarlata,
en la florida torre del conacaste umbrío.

Tal es el escenario por el que corre el río;
el río que arboledas, cielo y frondas retrata
y que fulgura, a veces, como un listón de plata
que estuviera bordado con perlas de rocío...

Y el río va cantando con un cantar que encanta:
mas al llegar al borde del abismo, no canta,
sino que imita el sordo clamor de la tormenta.

Y en su cristal, entonces, tiemblan diademas de oro,
y al despeñar —gritando—— su vértigo sonoro,
un huracán de espumas a sus plantas revienta.

PLOMBAGINA

Claroscuro, ¡canta el río!
¿Cómo viene tan jugando?
¡Y las hojas con rocío

son ojos verdes llorando!

¡Qué de músicas celestes
se escuchan en estos lares;
murmurios de platanares
y de palomas agrestes!

Entre las monteses galas
cada cosa es una lira:
¡la tórtola que suspira
es un madrigal con alas!

LUNA EN EL RANCHO

Vagar, soñando versos, en silentes caminos,
con la dorada lluvia del sol sobre tu frente;
y en un tronco sentados, mirarme largamente
en las dormidas aguas de tus ojos hialinos...

"Y qué linda", dijeran al verte, campesinos
de esos que con sus vacas van buscando una fuente,
y yo: "Sus ojos miran, miran más dulcemente
que dos estrellas blancas en cielos vespertinos".

Y tú te sonreirías sin vanidad ninguna;
después en nuestro rancho se entraría la luna
y ladraría al vernos, el perro blanco y fiel...

Como el café maduro fuera tu boca, mía,
y en el rancho con luna, mi boca bebería
en la flor de tus labios, un “te quiero” de miel.

AL ENTREABRIRSE LA FLOR DEL COYOL

Siento una vaga ternura infantil
cuando al frescor de las húmedas huertas
sus indecibles plegarias inciertas
lloran las dulces cigarras de abril.

Trémulos llantos que el aura sutil
lleva en sus alas, igual que a hojas muertas
hacia las blandas llanuras, abiertas
bajo los cielos de rosa y de añil...

¡Oh!, las cantoras del riente bohío,
que con sus ternezas aduermen al río
al entreabrirse la flor del coyol...

Y en sus cantares suspiran y lloran
entre los claros boscajes que doran
las melancólicas puestas de sol...

EL RETORNO

Soporosa es la tarde. Junto al estrecho aprisco
sestean los ganados. La vaca, zahareña,
muge tranquilamente, mientras sopla la peña,
la agridulce nariz del buen ternero arisco...

Colúmbrase, entre zarzas, el caldeado risco
tras el que da el amate su nota lugareña.
Un ponentino sol, indeciso diseña
sobre el nácar del cielo, su ensangrentado disco.

En el largo camino polvoroso y solitario
se esparce largamente la voz del campanario,
y el murmullo del bosque y el rebramar del toro.

Y al nativo regazo de las silvestres chozas
retornan de la fuente las insinuantes mozas
desgranando en el aire sus cantilenas de oro.

ROPA BLANCA

En el umbral del rancho está María;
las sombras de sus ojos son rivales
de esas sombras que dan los cafetales
cuando se empieza a adormecer el día...

Es muchacha que sueña y desvaría,

si se le habla del mozo de los chales,
y desgrana el maíz en delantales
y aroma con amor la cercanía...

Cuando en el río tiende ropa blanca
—junto a la poza que la linfa estanca—
al amor de la luna del bohío,

finge la ropa blanca, desde lomas
vecinas, una banda de palomas
picoteando luceros en el río...

ARBOL DE FUEGO

Son tan vivos los rubores
de tus flores, raro amigo,
que yo a tus flores les digo:
“corazones hechos flores”.

Y a pensar a veces llego:
si este árbol labios se hiciera...
¡ah, cuánto beso naciera
de tantos labios de fuego!...

Amigo: qué lindos trajes
te ha regalado el Señor;
te prefirió con su amor
vistiéndote de celajes...

Qué bueno el cielo contigo,
árbol de la tierra mía...
Con el alma te bendigo,
porque me das tu poesía...

Bajo un jardín de celajes,
al verte estuve creyendo
que ya el sol se estaba hundiendo
adentro de tus ramajes...

A UN VOLCAN DE MI TIERRUCA

Sobre tu cumbre miro iluminados
los últimos rubores del poniente,
como si hicieras repentinamente
una erupción de pétalos rosados...

Eres jarrón azul que tienes por
tapete la llanura en que reposas;
la mano del Señor te ha dado rosas
en las que en vez de aromas hay fulgor...

Siempre vives fingiendo a mis delirios,
mientras pasan las horas silenciosas,
si hay celajes, un búcaro de rosas,
y si hay estrellas, un jarrón de lirios...

Mas, cuando el fuego de tu entraña expeles,
y deshojas lumínicos botones,
y saltan de tu boca a borbotones,
cien ríos de fantásticos claveles,
entonces finge tu belleza suma,
no un jarrón sosteniendo una corola,
sino una trágica e inmensa ola
que se corona de sangrienta espuma...

Pero así no me alegras,
porque me asalta la visión umbría
de tu lava que campos vestiría
con un vasto jardín de flores negras...

Así te quiero: la paz, con infinitas
estrellas sobre ti, dando a mi mente
la ilusión de que has hecho de repente,
una blanca erupción de margaritas...

MADRUGADA

Amaneciendo.., lejos aletea
el gallo melancólico... Una franja
de suave rosicler y de naranja
se inicia sobre el cerro de la aldea...

En las turgentes lomas cabecea
la grácil arboleda de la granja

y en la senda, al saltar de piedra en zanja
la hacendosa carreta bambolea...

El campo se despierta. ¡Cómo brinca
la alegría en los patios de la finca,
entre una algarabía de terneros!

Todo bajo la luz de los paisajes,
cuando van despertando los boscajes
con su alegre clarín los clarineros...

LA CRUZ

Las gentes lo vieron callado y sombrío...
Camino del río las gentes lo vieron...
Más tarde unas manos cristianas pusieron
una cruz de cedro muy cerca del río...

Era el corralero que fue en busca de ella,
y cerca del río se halló a su rival,
y como los dos la querían igual,
vino la querella...

Pobre Juan Antonio... Pobre la abuelita...
Ahora, en el rancho, no hay nadie que aguarde:
la santa abuelita se fue con la tarde...
Eran sus consejos como agua bendita...

Hoy —por el camino desolado y ancho—,
pasan en silencio las horas de invierno...
Y ronda la noche, con su duelo eterno,
como un perro negro, delante del rancho...



Auras del bohío

ACUARELA SALVAJE

Es el toro. Tan negro, que causa la impresión
de una bella escultura cincelada en carbón.

Sobre el repecho yergue su indómita arrogancia,
mientras todo un boscaje le rinde su fragancia...

Se oye una algarabía de urracas y de loros
en la tarde (princesa que se desmaya entre oros).

Entre policromías y entre bellezas tantas,
todo el bosque es murmullos, todo el bosque es
gargantas...

En los bejucos saltan pájaros de áureas colas,
y la charca se amansa, dormida, entre corolas.

Sobre la flor que aroma, sueña la flor que vuela:
tal es la mariposa que está sobre la umbela.

El del repecho mueve de pronto su figura:
SUs ojos son relámpagos en una noche oscura...

¿Algo espera? ¡Algo espera! Lo dice su mirada
que en lo negro fulgura como una llamarada...

Ruido como de un trote se oye lejano, sordo...
De los guayabos vuelan dos palomas y un tordo...

Vuélvese el del repecho. Sobre el negro testuz,
pone un fulgor sangriento la moribunda luz.

Por fin, entre malezas tupidas y apretadas,
despuntan cuatro cuernos, que es decir cuatro espadas…

Avanza una pareja:
es un toro con manchas y una vaca bermeja...

El del repecho embiste con ímpetu salvaje.
Un gran fragor de cuernos emociona el paraje...

Cornadas por cornadas, bramidos por bramidos...
Todo el bosque es silencio. Todo el bosque es oídos...

No ceden hasta que uno dóblase en el repecho...
¡Un gran clavel sangriento le condecora el pecho!

El negro toro yergue su victoriosa testa,
y resoplando baja la pedregosa cuesta.

Entre un claro de cielo del boscaje sonoro,
la “chiltota” atraviesa como un vislumbre de oro...

Un eco de canciones en el silencio vaga...
Un arrebol lejano sobre el charco se apaga...

LOS POTROS

Ya se acercan los potros; raudamente precisa
el grupo sus contornos de estética salvaje;
entre el pálido rosa del lánguido paisaje
corren desenfrenados, a la par de la brisa.

Los potros ya se acercan; mas lo hacen tan aprisa,
que parece volaran sobre el quieto paraje;
desplázanse los cascos en fantástico viaje
atrás dejando chozas de silueta imprecisa...

Huracanadamente por los llanos nativos,
van devorando leguas los potros fugitivos,
por burlar los afanes del inútil seguimiento;

como una sombra alada pasan ante nosotros,
y los recios gañanes, en fuga tras los potros,
describen con los lazos rúbricas en el viento...

RETORNO

Retornan los labriegos enfiestados
luciendo —pintorescos-— sus cotones
de manta y sus ceñidos pantalones
en pozas de cristal recién lavados...

Marchan con sus machetes envainados,

pendientes de curtidos cinturones
mientras sobre los hombros fortachones
llevan alforjas llenas de comprados.

Bajo el atardecer de tenues lampos
—sin llevar ni zapatos ni chaquetas-
retornan los labriegos a sus campos.

Y lejos, en la vía rusticana,
se pierde la sencilla caravana
entre una polvareda de carretas...

CAMINO DE LA QUEBRADA

"Qu"ialumbre en el camino algún lucero
pues agora vendrá de la quebrada
mi negra, tan fresquita y perjumada
asma como el aire mañanero".

Clama una voz, en medio del sendero;
abajo, entre el rumor de la cañada,
gime el agua, y su queja desmayada
se pierde en el silencio montañero...

Y ella aparece, en la cabeza el tol
y en el talle el rebozo tornasol
que él le mercó en el día de su santo...

Y sus sombras se juntan y las huellas
surgen del día, y como por encanto,
se borran, poco a poco, las estrellas...

MAÑANITAS EN LOS CERROS

Es el mes de las lluvias, y por este
motivo, la tierra viste un traje
de tupido verdor, y entre el ramaje
se ve un poquito menos lo celeste.

La casuca de campo está más blanca
bajo la blanca lumbre mañanera.
Ha crujido un bambú. La enredadera
está besando cielo en la barranca.

“Besando cielo”, dije, y no he mentido,
porque en toda hondonada silenciosa,
un poco de agua azul no es otra cosa
que un cielito entre flores escondido...

Se hace frescura el viento campesino
en el sendero angosto
¡Cómo se ve que Agosto
acaba de pasar por el camino!

Hemos andado mucho, y todavía
no se acaba el sendero;

¡pero gracias al último aguacero
ha amanecido tan amable el día!

De la paz de los ranchos unos perros
me salen a mirar...
Se me recoge el alma al penetrar
al silencio oloroso de los cerros.

¡Olor, olor a monte, a valle, a loma!
¡Cuánta canción de amor me trae el viento!
¡Ya en mi oído no cabe tanto acento!
¡Ya no cabe en mi pecho tanto aroma!

LA CASITA BLANCA

Si cuando la luna la empieza a besar
es una paloma queriendo volar
la casita aquella, tan pobre, tan blanca,
que como un gran lirio nimba la barranca...

Y no hay en el valle blancura ninguna
como esa blancura bañada de luna...
En la madrugada de albo terciopelo,
el que va subiendo, camino del cielo
parece que fuera subiendo...

Porque está muy alta la casita aquella:

tan alta, tan alta... que al salir la huella
de la mañanita, cualquiera diría
que tras la casita va saliendo el día...

Yo estuve allá arriba: me llevó el anhelo
de hallarme mas cerca.., más cerca del cielo...

LA ESTRELLA EN EL RIO...

Hora quieta. Ya torna a la salvaje
quietud del nido, el pájaro furtivo;
y allá por el ocaso de oro vivo,
la barca de la luz emprende el viaje...

¡Qué dorada penumbra en el paisaje!
y qué triste el mirar del buey esquivo...
Y qué lindo lo azul que está cautivo
entre el marco de rosas del celaje...

¡Qué regalada sencillez de vida!
Cómo se siente el alma recogida
a la caricia de la tarde que arde...

¡Y cuál se alumbra el pensamiento mío,
cuando en el lecho de cristal del río
miro temblar la estrella de la tarde!

CAÑAL EN FLOR

Eran mares los cañales
que yo contemplaba un día
(mi barca de fantasía
bogaba sobre esos mares).

El cañal no se enguirnalda
como los mares, de espumas,
sus flores más bien son plumas
sobre espadas de esmeralda...

Los vientos —niños perversos—
bajan desde las montañas,
y se oyen entre las cañas
como deshojando versos…

Mientras el hombre es infiel,
tan buenos son los cañales,
porque teniendo puñales,
se dejan robar la miel!

Y qué triste la molienda
aunque vuele por la hacienda
de la alegría el tropel,
porque destrozan entrañas
los trapiches, y las cañas...
¡vierten lágrimas de miel!

SERENATA

Una hilera de casas con la luna se baña;
la otra hilera de casas se esconde en la penumbra...
El farol esquinero con su oro vago alumbra
a un gatito que salta detrás de una alimaña...

El silencio es profundo; la niebla tenue empaña
lejanías de cerros. La torre se columbra
con su frágil vidriera que en la noche relumbra;
un halo vagaroso luce cada montaña...

Viola el recogimiento de la noche callada
el susurro de un vuelo por sobre la barriada
que una indecisa lumbre de tenue plata nimba...

De los montes lejanos vuelan dulces rumores;
y el canto de los gallos de los alrededores,
va alternando con hondas quejumbres de marimba...

CHICHONTEPEC

Perdido entre la vaga lejanía,
Si te coronan nubes vaporosas,
eres búcaro azul de blancas rosas,

con que exornara su palacio el día...

Mas al venir la noche, muda y fría,
con sus horas de calmas silenciosas,
son tus moles columnas prodigiosas
sosteniendo una cúpula sombría...

Pero nada es más bello que mirarte
erguido siempre en majestad serena,
como si fueras el Tonante Dios;

o en las tranquilas horas contemplarte,
con tu empinado lomo de ballena
que un rudo hachazo dividiera en dos!

LA CRUZ DE MAYO

Las azules campánulas que visten la pradera;
todos los frutos rubios, todos los tiernos cantos,
para adornar con ellos estos brazos tan santos,
estos brazos tan santos de la cruz de madera...

Y allí, bajo el amor de alguna enredadera,
cabe un árbol que tienda sus enflorados mantos
y un amate en que tiemblen —corno gotas de llantos—
lágrimas del rocío que en la noche cayera...

Allí hubiera una cruz; enfrente los caminos
donde pasan carretas, entre flautas de trinos,
bajo la pedrería de esos soles de mayo...

Para que así la cruz recibiera homenajes
de pájaros y ríos; de vientos y ramajes,
y que el sol la besara con el beso de un rayo...

LUNA EN LAS ONDAS

Viola un grito el silencio de la noche en aumento;
es un pájaro errante que anda por el camino...
Al acallarse el grito, vago son peregrino
a mi cayuco viene llorando sobre el viento...

Endulza la tristeza del nocturnal momento;
parece que surgiera de algún rancho vecino;
es la música triste de un amor campesino,
una pena escondida que se torna en lamento...

Al oírlo, me invaden unas tristezas hondas...
Al cielo busco, y lo hallo parpadeando entre frondas...
Yo dejo a mi cayuco que a su capricho bogue:

y adormece mis penas, cantándome, el oleaje;
y me encanta la noche con su calma salvaje,
y el lago, en cuyas ondas flota un trémulo azogue...

BAJO EL TAMARINDO

El viejo tamarindo... Debajo, la carreta
descansando a la sombra del árbol protector,
y el boyero que sueña con sus horas de amor
en la fuga tranquila de otra tarde más quieta...

El cansado boyero tiene alma de poeta,
y es por eso que evoca, con tristeza o dolor
de los blondos maizales el pausado rumor
y los montes lejanos, y el celaje violeta!...

Pobre, triste boyero, que sueña en el regreso
a su humilde vivienda, donde le aguarda el beso
de unos labios que saben a miel de colmenar!...

Se ha quedado soñando con sus montes lejanos,
y ha cruzado en el pecho sus dos trémulas manos
al oír en la iglesia las campanas llorar...

CIELO ENTRE RAMAS

La media tarde es ingrata;
tiene sueño la arboleda,

y un pajarito de seda
sus besos de amor desata...

Vuelan sobre las barrancas
dos alas de armiño agrario:
son como tus manos blancas
cuando rezas el rosario...

Quién sabe por qué hondo anhelo
se apaga en el corazón
bajo la ilusión del cielo,
el cielo de una ilusión...

Vuelan sobre las barrancas
dos alas... Aquellas dos
son como tus manos blancas
que me están diciendo: adiós...

UN ÁRBOL DEL CAMINO

Del camino en la margen verdeoscura,
se abre la mansedumbre del ramaje,
y el árbol es, en medio del paisaje,
igual que entre un pesar una ternura...

Es ondulante copa de frescura
para el pájaro azul que va de viaje,

y un remanso de amor, en el ultraje
del sol que se derrite en la llanura...

Árbol de paz; entre el silencio santo
deshoja a veces el rosal de un canto
en la quietud de las llanuras muertas...

Amate misterioso, a cuyo amparo
mi corazón es como un nido claro,
y los ramajes son alas abiertas...

EL RIO

Sobre el agua que peina sus bucles ondulantes
se entrelazan las ramas, como brazos floridos,
y los bejucos dóciles se quedan suspendidos
como guirnaldas de ópalos, zafiros y diamantes.

Cafetales oscuros, cocales cimbreantes
lo arropan con sus sombras de hermanos siempre unidos;
y lo arrullan con músicas y cantos, en sus nidos,
los poetas del bosque, los pájaros errantes.

Cuando derrocha perlas, cuando pone la Aurora
sus nimbos en las frentes ceñidas de los montes,
estalla un armonioso concierto de zenzontes...

¡Y cuando Febo suelta sus deslumbrantes tocas,
cantas las lavanderas su marcha atronadora
al herir con sus trapos el yunque de las rocas!

EL ARBOL

Estremece sus frondas con grácil movimiento
el maquilishua en flor. Y bajo el vespertino
cielo, se va alfombrando la tierra del camino
con la irisada lluvia que hace caer el viento.

Los pájaros del bosque preludian un lamento
lleno de dulcedumbres; se desenvuelve el trino
entre un nido de flores.., y tórnase divino
el árbol, porque canta como el árbol del cuento.

En medio del fragante silencio del paraje
los pájaros emprenden su interrumpido viaje,
mientras la luz prodiga sus lánguidos rubores.

Por entre el maquilishua la tarde azul destella;
y al revolar el viento, de lo alto ve una estrella;
que en las sombras el árbol sigue llorando flores.

EL ESTERO

Agua tan quieta. ¡En cada amanecida,
despierta dormida!
Tan azul, que las garzas en sus vuelos
parecen alejarse entre dos cielos!

La dulce mañanita del estero...
Un arrebol detrás de un cocotero.
Una barca, dos remos. La atarraya,

una garza que viene y en la playa,
pasa el blancor callado de sus plumas...
Simulando una espuma sobre espumas...

MUGIDO LEJANO

¡Tó, tó!, grita el arriero; con su gritar incita
el andar perezoso de la tarda boyada;
alguna res tardía se queda rezagada:
la frescura del agua silenciosa la invita…

Bebe a sorbos tranquilos; con la cola se quita
las flores que la bañan en lluvia perfumada
y al pasar sobre el agua la luz de su mirada,
ve a lo lejos la blanca silueta de la ermita...

Las riendas del arriero suenan sobre la albarda
y grita nuevamente para iniciar la tarda,
la silenciosa marcha de las cansadas greyes...

Todo cesa; tan sólo sigue el agua cantando,
el indeciso, en la tarde, se oye de cuando en cuando
el lejano mugido que al viento dan los bueyes.

CON LOS CANTAROS

La siesta brota llamas. Intérnase el bochorno
por entre el mudo palio de la hojarasca vana,
y sopla un viento cálido —como bostezo de horno—
en la sábana extensa de la verde sabana…

El río corre lejos, y en las selvas, en torno,
le dan —materno abrigo— su penumbra liviana;
y las umbelas pródigas le dan su agreste adorno,
y toques de esmeralda la caprichosa liana.

QUEZALTEPEC

La noche fue dantesca. . . En medio del mutismo
rompió de pronto el retumbar de un trueno...
Tropel de potros que rompiera el freno

y se lanzara, indómito, al abismo...

Un pálido fulgor de cataclismo,
al cielo que antes se mostró sereno,
siniestramente iluminó de lleno,
como si el cielo se incendiara él mismo...

Entre mil convulsiones de montaña
se abrió la roja y palpitante entraña
en esa amarga noche de penuria...

Y desde el cráter en la abierta herida,
brotó la ardiente lava enfurecida
corno un boa incendiado de lujuria.

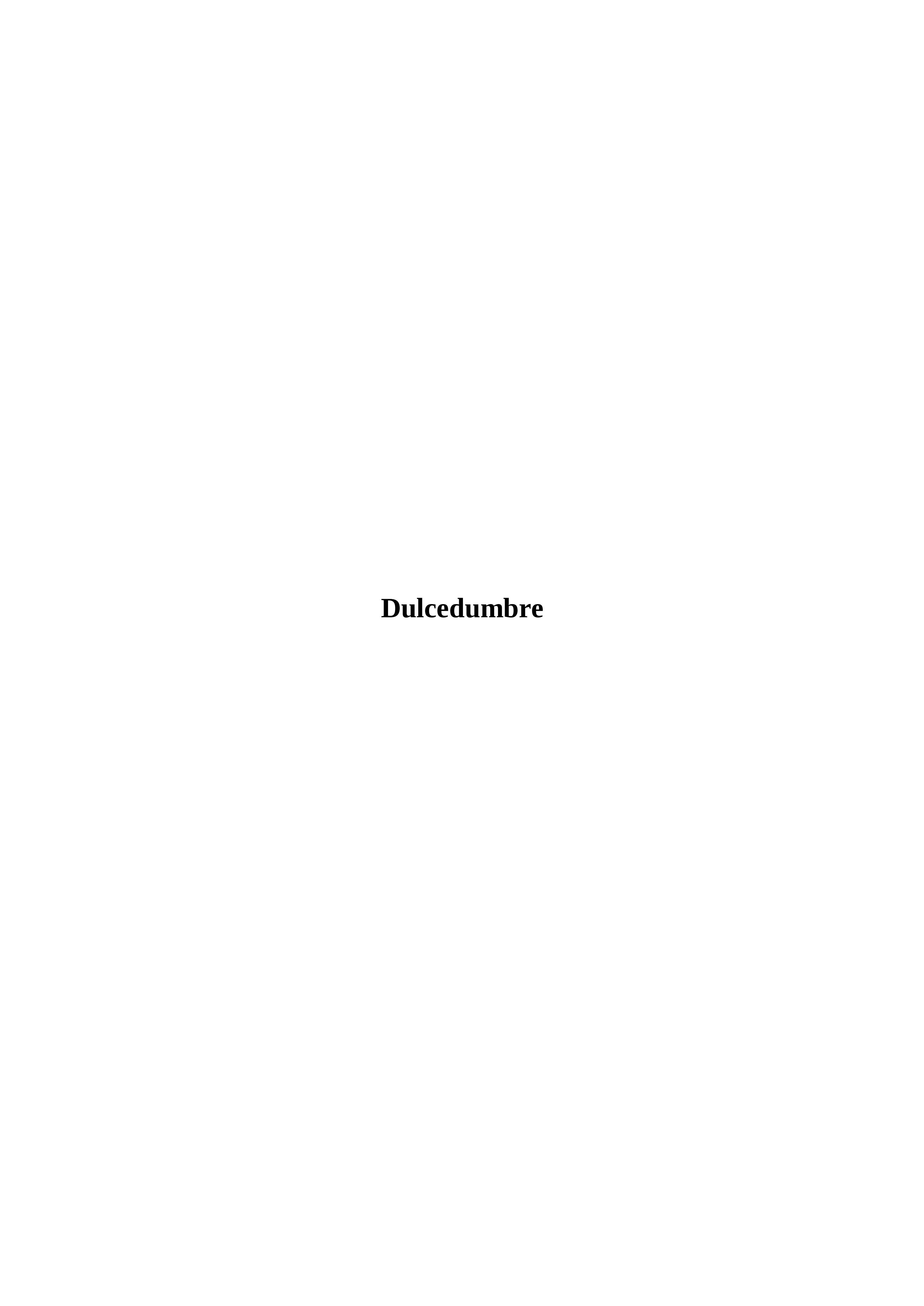
LAMATEPEC

El padre de los cerros se levanta
de Siguatehuacán siendo ornamento;
en sus cumbres el trueno es dulce acento
con que le aduerme el cielo entre su manta...

No asombra su altitud, sino que espanta...
Parece que es el claro firmamento
la túnica que el cíclope irredento
pone en sus regios hombros que agiganta.

Mas aunque se alce como inmenso tumbo,
en su garganta —abismo cavernoso—
está mudo el lenguaje del retumbo...

Y ese silencio secular provoca,
a verlo como un cíclope de roca,
eternizado en éxtasis piadoso!



Dulcedumbre

LAS MANOS DE MI MADRE

Manos las de mi madre, tan acariciadoras,
tan de seda, tan de ella, blancas y bienhechoras...
¡ Sólo ellas son las santas, sólo ellas son las que aman,
las que todo prodigan y nada me reclaman!
¡Las que por aliviarme de dudas y querellas,
me sacan las espinas y se las clavan ellas!

Para el ardor ingrato de recónditas penas,
no hay como la frescura de esas dos azucenas.
¡Ellas cuando la vida deja mis flores mustias
son dos milagros blancos apaciguando angustias!
Y cuando del destino me acosan las maldades,
son dos alas de paz sobre mis tempestades...

¡Ellas son las celestes; las milagrosas, ellas,
porque hacen que en mi sombra me florezcan estrellas!
Para el dolor, caricias: para el pesar, unción:
¡son las únicas manos que tienen corazón!
(Rosal de rosas blancas de tersuras eternas:
aprended de blancuras en las manos maternas).

Yo que llevo en el alma las dudas escondidas,
cuando tengo las alas de la ilusión caídas,
¡las manos maternales aquí en mi pecho son
corno dos alas quietas sobre mi corazón!
¡Las manos de mi madre saben borrar tristezas
¡Las manos de mi madre perfuman con ternezas!

EL DULCE ANHELO

Aquellos tiempos eran corno de un cuento rosa...
En los dorados patios, la “Flor de San Andrés”
llenaba de oro el suave silencio del hogar,
y las estrellas claras temblaban en la pila...

Entonces yo creía que el mundo era un gran patio
todo lleno de flores y pílas con luceros;
miraba las montañas, y las creía enormes
espaldas, sosteniendo la cúpula del cielo...

Una vez, a la Virgen Dolorosa, que estaba
en la penumbra quieta del tibio dormitorio,
le encendí una candela... Yo quería el milagro
de que me aparecieran monedas en mi cofre.

(Y aquella Virgen pálida me causaba una angustia
al mirarle los ojos mojados de amargura...
Pero yo le rogaba, le pedía perdón,
cuando por travesura mataba un pajarito...)

Después... el dulce encanto, se fue.., se fue...
(borrando.
Se fue borrando el tiempo que parecía un cuento...
La vida no era un patio con pilas y con flores
y ya no le pedía milagros a la Virgen...

Y al tener los quince años, cuando leí “María”
recuerdo que me puso muchos días enfermo,
y más de alguna lágrima se me saltó a los ojos;
tenía el ansia triste de ser como Efraín.

Estos recuerdos entran por mi ventana abierta,
(Oh, mis patios callados llenos de pajaritos
y la ventana humilde cuyo marco encerraba
un pedazo de cielo, que a los ojos fingía
un gran pañuelo azul...)

CON EL ALMA DESCALZA

¡La angustia despiadada
de presentir que todo ha sido en vano!...
(Yo deshojé rosales con mi mano,
por tal que su planta bienhadada
no se hiriera en la piedra...)

Yo me he quitado el alma y la he tendido
sobre un muro de olvido,
corno un manto de hiedra...

Déjame que me enferme...
Por no turbar la calma, junto a ella
lo que sería sol, será una estrella...

Por no turbar su calma,
arroparé mi anhelo entre mi alma,
y él, será como un niño que se duerme...

Seré corno una queja
que va descalza sobre alguna alfombra...
Seré como una sombra que se aleja
por seguir otra sombra...

Ella tendrá alegría entre su boca...
Ella será una lira...
Y yo una suave mano que la toca,
y un viento que suspira...

¡Torre de flores que en mis parques se alza!
¡Corazón que entre rosas se ha dormido!
¡Con tal de no hacer ruido,
sobre las piedras mi alma irá descalza!

DESDE LEJOS

¡Oh, el íntimo alborozo de los pueriles cuentos
que la buena abuelita de la cabeza cana
y de la amena charla, contaba en la ventana,
mientras se oía el fuerte susurrar de los vientos!

¡Oh, los cuentos de brujas, que hacían los

momentos

de aquella primavera brumosa, tan lejana,
los más bellos minutos que hay en la hora humana,
los únicos instantes que hay de amargura exentos!

¡Aurora de la vida, que de un color de rosas
revestía el contorno de las humanas cosas,
con la tinta celeste de mágicos pinceles!

¡Oh, aurora! Desde lejos te miro. ¡Qué distantes
aquellos inefables, dulcísimos instantes
llenos sólo de aromas y músicas y mieles!

CONSUELO

¡Cuán largas que son hoy! ¡Qué presurosas,
cuando a la lumbre del amor corrieron,
las gratas noches que en un tiempo fueron,
besos de luz, sobre jardín de rosas!...

¡ Qué pausadas ahora y silenciosas
las horas que hace poco florecieron
en jardines de notas que gimieron
como quejas de flautas cadenciosas!

En estas tristes noches de tu ausencia,
en que el cielo responde a mis querellas

llorando, en vez de lágrimas, estrellas,

en el cáliz de mi íntima esperanza,
el consuelo, con manos de clemencia,
¡deja caer sus perlas de bonanza!

NOCTURNO

Algo siento que ha entrado por la abierta ventana.
Tú también has venido, sin duda entre el aroma
de la noche, quién sabe, mas lo cierto es que toma
vaguedades fantásticas tu imagen soberana...

Y junto a mí te sientas, y yo te digo: ¡"Hermana"!,
y me miro en tus ojos donde un llanto se asoma.
(De mi alma brota un verso como lilial paloma
que emigrara de alguna torre de porcelana...)

Y el insomnio echa flores, pues hasta mí viniste
entre el perfume vago de la noche más triste,
como un rayo de luna sobre una fosa abierta...

Pero te vas y grito... Sólo hay nada en la sombra,
y al eco suplicante de la voz que te nombra,
dentro de mí, implacable, la realidad despierta...

PARA ENTONCES

Lentamente, callada, se ha de acercar un día
y sellará mis labios y apagará mis ojos
y en sus escuetos brazos llevará mis despojos
a esconderlos muy hondo, bajo la tierra mía...

Se agostarán las flores que sembrara en la vía;
y mis locos anhelos y mis tiernos antojos
también se han de apagar así como esos rojos
celajes de la tarde, cuando agoniza el día...

Y la fe de los hombres una cruz ha de darme
cuyos brazos abiertos el sueño han de velarme
cuando en ocaso pliegue sus párpados la luz...

Esa cruz es la misma que en mi vida he llevado
en forma de una lira; sólo que habrá tomado
para entonces la lira la forma de una cruz.

VIAJE ROMANTICO

Los dos bajo la lumbre del día caluriento.
Qué alegre compañía la tuya y la del sol...
Y tan cerquita vamos uno de otro, que siento
la tentación fragante de tu suave arrebol...

Tú me miras; yo sueño que estoy viviendo un cuento...
y mi sueño interrumpe la voz del caracol;
y al horadar las sedas impalpables del viento,
las chiltotas que pasan son flechas tornasol...

Y nosotros seguimos... la vida está sonriente.
Mas luego, entre verdores, columbramos el puente,
y los naranjos rubios, y el palomar de tabla...

Y al cogerte las manos, quisiera que quisieras
que el puente no acabara, para que así supieras
lo que mi mano dice cuando en silencio te habla.

MISIVA INTIMA

Para "Gioconda" que ha sabido
sentir con mi mismo corazón.

¡Qué aislamiento en el que estaba hundido!
¿Quién es aquélla, que, callando, aparta
la cortina de sombras del olvido,
con el rayo de luna de esta carta?

¿Qué mano, más que blanca, zahareña,
me escribe estas palabras cariñosas

y el nombre oculta de su dulce dueña,
como tras mantos de intocadas rosas?

Su corazón se hermana con el mío
de aquella amiga, que, callando, aparta
la cortina de sombras de mi hastío,
con el rayo de luna de su carta...

Gracias a aquélla que me da un consuelo,
y tan callando aparta
las nieblas de mi olvido y de mi duelo
¡con el rayo de luna de esta carta!

CHECA

Nosotros callando de tanta fortuna,
cerca de las cosas que ignoran el mal.
Fuera el río vago, cosa de cristal;
fuera el ojo de agua, nido de la luna.

Como tú, no hubiera compañera alguna,
con tus ojos llenos de sol matinal,
tu cabeza rubia, tu alma de cristal...
Como tú, no hubiera muchacha ninguna!

Y con una dulce compañera tal,
como yo no hubiera ni un otro mortal,
pues la vida fuera toda una canción...

Con los ojos tuyos mi ruta alumbrara,
y tu amor sería luna que anidara
en el ojo de agua de mi corazón...

EGLOGICAS

Entre el murmurio de los manantiales
que corren bajo glaucos limoneros,
te ritmarán zenzontles montañeros
el oro de sus dulces madrigales…

Y te darán crujientes bambudales
sus remansos de sombras, placenteros,
do los minutos volarán ligeros
vertiendo miel sobre los hondos males...

Ven, y deshoja en las calladas cosas
de estos tan mustios sitios lugareños,
tus besos, que son búcaros de rosas...

Ven, y en reposo de divinas calmas,
bogarán, confundidas, nuestras almas,
en la góndola azul de los ensueños.

UN ANGELITO

La ventana está abierta; una rosada
claridad ruboriza los espejos;
y de afuera, de lejos,
entre el suave rumor de la alborada.

Surgen las cosas como un sueño incierto.
¡Cuál se despierta el campo esta mañana:
habla desde la torre la campana,
y responde cantando todo el huerto!

El angelito está que no se mueve;
y sus cabellos finos y dorados
sobre la almohada fingen, despeinados,
haces de sol iluminando nieve.

Es todo un angelito el dormilón:
las dos alas, muy hondo las encierra
¡todos los angelitos de la tierra
tienen las alas en el corazón!

Allá donde el lejano monte arranca,
pone su florescencia la llanura;
y en el cielo de límpida tersura
tienden las garzas su guirnalda blanca...

INVIERNO

¡Bosques en flor! ¡Senderos perfumados!
¡Mañanitas opacas de tristeza!
¡Ríos claros de vida y de pureza!
¡Verde colina! ¡Exúberos collados!

¡Invierno, pasa con tus rosas vanas!
Mira que entre las fiestas que celebras,
las cosas peinan sus marchitas hebras
como si fueran prematuras canas...

La leve nube sobre el monte enreda
su cabellera blanca, blanca, blanca...
Invierno: si tu hielo nos arranca
todas las rosas, ¿qué rosal nos queda?

Invierno: ¡me desalas con tu llanto!
Invierno: ¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras?
¡Pasa ya, vuela ya! mas gratas horas
harán que torne la alegría en tanto...

ACERO

Arrojan desde el árido peñol
sus innúmeros dardos los flecheros,
y luchan bajo el sol tantos guerreros,

que nada igual se ha visto bajo el sol...

Ardor de indiano, orgullo de español
en choques de obsidianas y de aceros,
tanta sangre han vertido, que en regueros
bien formaran un río de arrebol.

Sigue la lucha sobre el llano inmenso.
No ceden ni unos ni otros. Un intenso
fragor sacude al bosque más lejano...

Y tantas flechas vuelan, que parece
que el día se oscurece de repente
porque la noche vuela sobre el llano...

ATLACATL

Aquel indio Atlacatl con su figura
de recios bíceps y de pecho erguido,
y que en una leyenda hubiera sido
de un Hércules de bronce la escultura.

Pasó en la vida corno en la pavura
de virgen selva, un viento enfurecido.
Murió de pie, al igual que árbol herido
por el hacha de un rayo en la llanura...

Aquel indio Atlacatl, supo de amores,
que también en las rocas nacen flores
y un oleaje entre espumas se avasalla...

Y tal amor del indio indómito era
corno una florecida enredadera
sobre la desnudez de una muralla.



Panoramas y aromas

MUSICA INDIANA

En tu teclado de madera anida
rumor de frondas de boscaje indiano,
y hay algo en tus suspiros de extrahumano...
y hay algo de leyenda adormecida.

Tú eras la guzla en la heredad florida;
tú eras el ave del albor temprano,
y tú, en las fiestas del placer hermano
fuiste también un ave preferida...

Por eso cuando vibras, cuando tocas,
la niebla azul de la leyenda evocas,
y parecen surgir de tus teclajes,
hondos y plañideros, los agrestes
paisajes de otras tardes más celestes,
¡y el indiano rumor de los boscajes!

TARDECITAS

Apenas una rubia
hebra de sol se cuela
entre ramas, y vuela
un pájaro en la lluvia...

Caen frutas maduras;

es decir, llueve miel.
¡Quién tuviera un pincel,
tardecitas oscuras!

Lluvia que aunque no mojas,
no dejas de mojar,
¿Quién te enseñó a cantar
sobre este cielo de hojas?

Cielo de hojas, dosel
de dulces frutas rojas...
¡Más bien que cielo de hojas,
eres cielo de miel!

NEBLINAS

¿Neblinas? Son encajes las neblinas...
Las colinas se visten con encajes.
Verás: cuando se quiten esos trajes,
cómo quedan desnudas las colinas...

Así son esas cosas de divinas.
De ingenuidad se visten los paisajes.
El trino es la oración de los boscajes
y el alma es una rosa sin espinas...

Dios hizo para niños y poetas

el caminito en las mañanas quietas,
y el bejuco en los pórticos de trancas...

Y puso en lejanías vaporosas
aquel búcaro azul lleno de rosas
y envuelto en tules de neblinas blancas...

REMANSO

Era un remanso azul que amanecía
cantándole a las barcas que arribaban,
y ellas, en cambio, tímidas bordaban
con la espuma la azul cristalería.

Pero todas pasaban: otro día
del sereno remanso se alejaban,
y otras barcas venían y pasaban
y el remanso cantando proseguía.

Yo soy ese remanso; tú, amorosa,
viniste a mi tristeza silenciosa
para clavarte en su cristal deshecho,
pero tú no te irás, barca querida,
¡porque yo me he de estar toda la vida
con tu áncora de rosas en mi pecho!

DESPUES DE LA LLUVIA

Por las floridas barrancas
pasó anoche el aguacero
y amaneció el limonero
llorando estrellitas blancas.

Andan perdidos cencerros
entre frescos yerbazales,
y pasan las invernales
neblinas, borrando cerros.

LA MAÑANITA

Entra en mi ventana
la luz de la aurora.
¡Qué linda está ahora
la rubia mañana!

Todo lo que abarco,
montes, lejanía,
lo encierra en su marco
la ventana mía.

Camino del río
van las bañadoras
¡Qué lindas auroras

tiene mi bohío!

Entra con el rayo
de la luz temprana,
toda la galana
música de mayo;
¡música sin leyes,
celestiales trinos,
cánticos divinos
con mugir de bueyes!

Y con las inciertas
charlas de las brisas,
¡suena entre las huertas
cascabel de risas!

(Y entra en mi ventana
la luz de la aurora.
¡Qué linda está ahora
la rubia mañana...)

Pues tu luz evita
mis melancolías,
ten muy buenos días,
rubia mañanita...

CUANDO PASAS...

¡Ya vienes! Ya tinta, agonizante,
como entre el cierzo pajarillo enfermo,
allá en su muda soledad de yermo,
¡mi corazón amante!

¡Ya vienes! ¡Tengo miedo! ¡Tengo frío!
Me mata tu glacial indiferencia.
Sin embargo, lo grita mi conciencia:
¡Te quiero, aunque me mate tu desvío!

¡Si no quiero creer en tus enojos!
¡Háblame, con la flauta de tu acento!
¡Que me arrulle tu voz —rumor de viento!—
¡Que me alumbre la lumbre de tus ojos!

Si pasas, tú te quedas, sin embargo,
flotando entre la sombra de mi pena.
Siempre hará tu memoria —blanca y buena—
¡más dulce este calvario tan amargo!

Ya sin mi fe, que marchitarse veo,
me has de encontrar entre el mundano ruido,
frío, como la nieve del olvido!,
¡mudo, como las aguas del Leteo!

DE ENTONCES

Fue en la risueña granja que surge entre las lomas,
cuando en la tarde oro, bajo la paz del cielo,
descorrieron mis ojos de su alma el tenue velo
y aspiré sus palabras, como se aspira aromas...

Abajo, entre los bosques de sauces y de pomas,
musitaban las aves su agreste ritornelo
y a la lumbre de Vésper —que era un jazmín de hielo—
sus ternezas decían las candidas palomas …

Todo hablaba de amores y campesinos gozos
Todo, en aquella tarde, fue músicas y calma,
que ni del aura leve se oían los sollozos…

Mas ¡ay!…, que entre el miraje de venturas ignotas,
de mi pasión el ave, con sus dos alas rotas,
callaba sus anhelos, en la prisión del alma…

Como perla entre rosas, era entre bellas, bella:
era el alma de un lino sobre un cáliz de espuma,
era un ala eucarística temblando entre la bruma,
era flor de los cielos, una pálida estrella

Recuerdo que una tarde, cuando cayó la calma
sobre el campo cubierto de honda melancolía,
sorprendí que en sus ojos raro fulgor había,
cual si encendiera en ellos sus luceros el alma...

Aquella misma tarde, entre mis frías manos
sentí el tibio capullo de sus manos de seda,
palpitar, como un ave que aprisionada queda...

Y cuando el sol moría tras la montaña opuesta,
yo leí, sin palabras, en sus ojos arcanos,
el divino poema de amorosa respuesta...

LA TORTOLA

¡Cucú, cucú! ¿Estas gimiendo,
tórtola del arrozal?
¡Mira que me estás haciendo
con ti cantar, mucho mal!

¡Cucú, cucú! El caserío
se va llenando de calma,
¡y un naranjo y una palma
se están besando en el río!...

Cantarito que te llenas
con el agua del riachuelo:
¡qué bello es mirar el cielo
bajo las tardes serenas!

Lirio del campo, morena
que hueles a leche y rosa:

¡cómo el alma es tan dichosa
cuando la vida es serena!...

Entre sonrosadas galas
la tarde se va durmiendo.
Tórtola que estas gimiendo:
si eres madrigal con alas!...

PESCADOR DE ESTRELLAS

Vive allí, junto al lago, en el ameno
remanso de los bosques seculares;
y al mecerse, lo arrullan los palmares,
o lo estremece cuando grita, el trueno.

El es el pescador amable y bueno
que ignora de la vida los azares
y endulza con ensueño sus cantares
del plenilunio al resplandor sereno.

Y cuando las estrellas tembladoras
se copian en las aguas gemidoras
al borrar el crepúsculo sus huellas,
se aleja con su balsa hacia otra playa
y arroja sobre la onda la atarraya
cual si quisiera aprisionar estrellas.

MUSA FLUVIAL

La mañanita fría de nebuloso invierno...
en la senda escabrosa de tupida verdura,
la selvática orquesta musita un aire tierno
que llena las cañadas y la brumosa altura...

Las tórtolas ensayan su dulcísimo cuerno,
bajo el dosel sombrío de la glauca espesura;
y un doliente zenzontle —nómada sempiterno
del rumoroso bosque— sus querellas murmura...

Las gotas de la lluvia, sus trémulos collares
suspenden en las hojas de verdes platanares,
tras la vivienda rústica de humedecidas tejas...

Y en la lejana hondura de inextricables greñas,
por entre los guijarros y las roñosas peñas,
va destrenzando un río sus líquidas madejas...

ACUARELA

La sombra se dilata intensamente
por los altos cocales rumorosos,
y pétalos revientan luminosos
del cielo en los jardines, lentamente.

En su vaso sutil y transparente
los montes se arrebujan, soporosos,
y es la alberca de cisnes silenciosos
como un jardín de nardos, reluciente.

En la celeste cúpula ya un astro
su lámpara suspende de alabastro;
es Vésper, apacible y taciturno.

La neblina hacia el cielo va en ascenso:
es el humo sagrado del incienso
que a Dios se ofrenda en el altar nocturno.

RITMOS MATUTINOS

Abre sus rojos pétalos la Aurora,
como una flor de rosicler y grana;
y el pristino rubor de la mañana
brilla en la fuente clara y tembladora...

La cigarra su cántiga sonora
desata entre las hojas. La lejana
cumbre del monte, con su luz temprana,
el alba a regias pinceladas dora.

En la mañana nebulosa y muda
el gallo de la casa campesina
con su clarín sonoro al sol saluda,

en tanto que en el aire sube,
sube en espirales de indecisa nube,
el humo de la rústica cocina...

¡CANTAN LOS GALLOS!

Medianoche.., yo miro los fanales
de los astros... ¿son ojos soñadores?
¡Hay no sé qué ternura en los fulgores
con que ven esos ojos siderales!

¡Silencio! Entre las sombras nocturnales,
hay vagos aleteos de rumores,
como si labios acariciadores,
deshojasen secretos musicales...

¡Medianoche! Y en tanto que presencio
la lumbre de los soles infinitos
escucho —de la sombra entre los mantos—
¡cuál se quejan los gallos en sus cantos,
cantos que son como dolientes gritos
brotando de los labios del silencio!

CANCION SIN PALABRAS

Se percibe una
canción de brisa entre árboles mojados,

y el rondó de la lluvia en los tejados…
De la lluvia plateada por la luna...

Que aunque hay luna, la lluvia se desata.
Y una nube atraviesa la acuarela,
como un cándido pájaro que vuela
en una jaula trémula de plata...

Llueve bajo la luna, y se oye en tanto,
la canción sin palabras de la brisa;
y el paisaje es lo mismo que una risa
con llanto…

Vagan por la casuca
alientos de bejucos estrujados...
Cómo huelen los campos remojados,
a tierruca...

VESPERAL

En los quietos charcos de encontrado cielo,
la florida rama se inclina hasta el suelo.
Ha poco llovía. Siento un gran frescor,
como si estuviera dentro de una flor...

De los yerbazales, entre la espesura,
el trémulo vidrio del agua se esconde.
Llora un ternerito: la vaca responde

con una ternura...

Va volando un trino dentro del barranco.
Los blancos pollitos duermen junto al perro
fingiendo un lejano pueblecito blanco
visto desde un cerro...

TARDE

Cerca estamos. La fragancia
de tu huerto viene al mío.
Del tuyo está mi bohío
a un suspiro de distancia...

Y con todo eso me aqueja
el alma con su pregunta...
Y es que el sendero nos junta...
pero también nos aleja...

Celajes entre el bambú...
La tarde suspira a solas.
Hoy no huelen las corolas
porque no las besas tú...

La mañanita en que vuelvas
a mi inquietud anhelante,
la vida será fragante
como un descanso entre selvas...

No me quieres. Ya lo ves.
Sin embargo.., yo seria
yerba que florecería
con tal de aromar tus pies...



Pájaros de leyenda

LA CHILTOTA

Siempre habrá un corazón para que escuche
el trémolo de amor que el pico exhala,
el pico agudo que goloso cala
de las naranjas el dorado estuche.

La perla del cantar, de entre el peluche
de la garganta mórbida resbala;
tiene vivo el mirar y ardiente el ala,
cuando la luz le tornasola el buche.

Emperatriz de los canoros rangos,
el escondido jugo de los mangos
le dio al azúcar para el ritornelo.

Y tal se ve cruzar, ebria de espacio,
buscando el árbol, su imperial palacio,
bajo la gloria matinal del cielo...

LA GARZA

Garza de Cuzcatlán, del suelo mío.
Ya entre el cielo y las lomas desaparece,
y en viéndola bañarse me parece
la hostia candeal con que comulga el río...

Y la he visto soñando a su albedrío
junto al agua que un ósculo estremece

y cuyo espejo prolongar parece
la lejana visión del caserío...

Y la he visto también en pleno vuelo,
bañada en luna atravesar el cielo
hacia el cocal donde la luz expira...

Y entonces asemeja la criatura
—de tanto ser tan blanca— una blancura
que entre la luna casi no se mira...

EL CLARINERO

Lleva la noche en su plumaje austero;
de pie sobre el temblor de alguna rama,
inunda de alegría el panorama,
al entrar la mañana en el sendero...

Rápido y donairoso el clarinero,
del mediodía en la absoluta llama,
desciende al agua limpia que lo llama,
desde la torre audaz del cocotero...

Cae como una flecha, baña el traje,
y sonando el clarín emprende el viaje
hacia el maizal que ondula en el confín...

Simboliza dos razas en la brecha,

porque si vuela como indiana flecha,
vibra también como español clarín...

LAS GARZAS DEL LLANO

Reposan en el llano que el horizonte enmarca,
vacadas pensativas, viviendas y colinas,
la laguna que irisan las luces vespertinas
y que cortan, golpeando, los remos de la barca.

En el confín dorado, su leve curva enarca
la montaña brumosa, durmiendo entre neblinas;
y vuelan de la margen las garzas peregrinas,
ebrias de lejanía bajo la tarde zarca...

La lumbre, en las alturas deshoja una violeta;
por entre la hojarasca se tiende una escopeta,
y suena el tiro aleve como un trueno lejano.

Agítanse alas trémulas en las desnudas zarzas,
y amortajando el sueño sangriento de las garzas,
el duelo de las sombras se tiende sobre el llano...

DICHOSOFUI

Un ave, aquí, de todos conocida,
cantaba el otro día en el jardín

y en su cantar decía suspirante,
gozándose también. “Dichosofuí”.
A. Najarro

Tu cántico en la calma del paisaje,
es un hondo suspiro que se aleja...
Una queja con alas... una queja,
que brota desde el alma del boscaje...

¡Oh, pájaro! tu música salvaje,
en la mañana azul, cabe la vieja
habitación de bahareque y teja,
me hizo oír tu ternísimo lenguaje...

Pájaro triste, ¿qué hondo desencanto
te arranca esas estrofas de terneza,
que son dulce expresión de tu quebranto?
Entre mi regional naturaleza,
no existe música que exprese tanto,
¡como la música de tu tristeza!

LOS PERICOS PASAN...

La tarde despierta de su sueño cuando
la alígera nube despunta cantando...

Una nube de alas... una alegre nube
que baja, que sube...

Son ellos Se alejan entre llano y cielo
Son las esmeraldas de un collar en vuelo…

Bulliciosamente
trazan una verde curva en el ambiente.
¿Van a los palmares de ondeante abanico?
Ellos van a donde les apunta el pico...

Se alejan, se alejan pero van tan juntos,
que más bien parecen renglones de puntos...

Y en un llano caen, así como cuando...
como cuando un árbol se está deshojando...



El alma del barrio

SUBURBIO

Risas, cánticos, voces, confundidos en una
sola nota imprecisa, vuelan del arrabal.
En la calle hay tristezas. En los charcos hay luna.
Un jardín es el cielo, con lirios de cristal...

Suburbios de las pobres mesnadas sin fortuna.
Mujeres de alma virgen y de carne sensual.
¡Tristeza de la vida que a mi penar se aduna!
¡Pobres rosas morenas de los fangos del mal!

Traficantes de vicios. Mercaderes de amor.
Nadie sabe la angustia del callado dolor.
Para las pobres vidas toda piedad se cierra...

Tristes desheredadas de pensativa frente:
nada os guarda la vida... Son vuestros solamente
los lechos de hospitales y el frío de la tierra...

LA MUCHACHITA PALIDA

Aquella muchachita pálida que vivía
pidiendo una limosna, de mesón en mesón,
en un umbral la hallaron al despuntar el día,
con las manitas yertas y mudo el corazón.

Nadie sabe quién era ni de dónde venía.
Su risa era una mueca de la desilusión.

Y estaba el sello amargo de la melancolía
perpetuado en dos hondas ojeras de carbón.

En las carnes humanas dejó el hambre sus rastros...
La miraron las nubes, lo supieron los astros...
El cielo llovió estrellas en la paz del suburbio...

Nadie sabe quién era la muchachita pálida...
Entre tanto —en la noche, la noche triste y cálida—
arrastrando luceros sigue el arroyo turbio...

EL PUENTE

Este es el viejo puente, bajo cuyas arcadas
pasa llorando penas el túrbido arroyuelo;
sobre él la noche vuelca su claridad de cielo.
Este puente conoce novelas ignoradas.

Como sabe de idilios, sabe de puñaladas.
Descorrió de las noches el silencioso velo.
Ha visto entre las sombras la acechanza del celo.
Ha oído horribles gritos, siniestras carcajadas.

Fue una noche, una noche de color de pizarra...
Sintió llegar los pasos vacilantes del ciego,
el del bastón con nudos y la vieja guitarra...

Oyó en la noche el grito de desesperación.

Cuando acudió la gente con su desasosiego,
sólo halló la guitarra junto al viejo bastón.

TARDE POBLANA

Casucas apretadas como los finos dientes
que al abrirse las tusas las mazorcas enseñan.
Delante de las casas los naranjos se empeñan
en dar sombras y frutos a las sencillas gentes.

Las penumbras se adornan de joyas relucientes;
las campanas del ángelus del poblado se adueñan,
y en tanto que los mansos ojos de un buey ensueñan,
poco a poco se alegran de cántaros las fuentes...

En los pajizos ranchos tiembla un fulgor escaso;
y antes de que la vida se apague en el ocaso,
cuando el día se adorna de penúltimas galas,
por el atajo asoma la tardía carreta;
y asordan el ambiente, vago cristal violeta,
los gallos, que en las frondas aplauden con las alas...

LA FIESTA DEL BARRIO

Chispean los tizones. En torno a los comales
alegres cuchichean las flamantes parejas,
y hay gritos infantiles, y hay regaños de viejas

y en las hojas cocidas hay humosos tamales.

Al soplo de las brisas ondulan sueltos chales
y esparcen los cabellos sus dóciles madejas
y los faroles rojos envían en las rejas
de los altos balcones, lumínicos raudales...

Las banderolas fingen bandadas de pañuelos,
y los pañuelos fingen bandadas de palomas,
y las chispas, que vuelan, fingen puntos y comas.

El agudo cohete rasga los infinitos
e intensamente alumbra noctívagos desvelos,
como rosas de fuego que reventara en gritos.

ALEGRIA DE ARRABAL

Es la fiesta del barrio. Confusamente gira
el tumulto compacto pOr las calles estrechas.
Una triste guitarra modula sus endechas
entre un vaho de guisos que en el aire se aspira.

Del rincón solitario donde el ocio conspira,
asciende el humo fétido de las ardientes mechas,
y en la oscura calleja Cupido alista flechas,
y un poeta bohemio pulsa su enferma lira...

En la hedionda cantina de una hidrópica vieja,

en medio de una nube de plebeyo tabaco,
los campesinos rinden sus tributos a Baco.

Bajo el palio de estrellas de una noche estival,
en la semipenumbra de la angosta calleja,
solloza un organillo su queja musical...

JUEVES SANTO

Envueltos en la niebla de plata de la luna
surge en la lejanía la iglesia y el palmar;
y entre la noche clara se nos van una a una
todas las ilusiones que empezaban a andar...

Junto a la enorme ceiba se arrodilla la iglesia,
y el camino da la idea, bajo la paz lunar,
de que alguien, al andar,
hubiera ido regando puñados de magnesia...

Calma de Jueves Santo. Las mujeres en coro,
van rezando en la calle de indecisa penumbra;
y multitud de velas trémulamente alumbra
como un río fantástico de luciérnagas de oro...

VIENTO EN POPA

(Para Jorge A. Paredes)

Lucha, que es de los fuertes la victoria.
Rompe la valla que opusiera fría
la suerte adversa, la fortuna impía.
¡Vuela y alcanza la lejana gloria!

¡Sé la chispa que fulge entre la escoria!
¡Aborrece la noche y ama. el día!
Y no temas jamás de la jauría
de los necios la sátira irrisoria...

Asciende hasta la cumbre a golpes de ala,
a la cumbre que el cóndor sólo escala.
Da vida al ideal que tu alma arropa,

y parte... Que a tu buque peregrino
empuje siempre buen soplo marino
¡para que bogue siempre viento en popa!...

SIEMPRE

(Al joven bardo J. Luís Silva)

Tú vives en un íntimo santuario,
donde te adoro yo. Resaltas pura,
lámpara de oro en la celeste altura
y alumbras mi cerebro visionario...

Y ¿sabes?... A pesar que el tiempo es vario,

allá en el fondo de mi vida oscura,
tú persistes aún, como perdura
un nombre sobre mármol cinerario...

Y aunque en pos de las dudas y los años
vienen sombras y vienen desengaños
y se extinguen encantos e ilusiones,
tú brillas en las noches de mis duelos,
cual fulge en el enigma de los cielos
el palpitar de las constelaciones!...

STECHETTI EN SONETO

Cuando a mi huesa oscura y solitaria,
a la postrer morada de mi sueño
llegues llorando, contraído el ceño,
por mi alma musitando una plegaria.

No temas ¡ ay! la calma funeraria
que las tumbas rodea cruel beleño
de las cruces, envuelve el tosco leño
y la vetusta fosa cineraria...

Cuando el silencio turbes con tu paso
o con tus quejas flébiles acaso!...
¡ Cuantas flores verás que han de sentirte!

Esas flores que el pecho han de besarte,

son las estrofas que olvidé cantarte
y las ternezas que olvidé decirte”.

ALMA CANDIDA

El alma limpia es gota de una agua luminosa
que en cálices de rosas halla inviolada cuna.
Yo sé de un alma de esas: era un claro de luna
temblando en el rocío que lloraba una rosa.

Pero una mañanita de cálidos fulgores
volvió de nuevo al cielo la limpia gota aquella,
que bien fuera por clara la hermana de una estrella,
o bien por leve fuera la hermana de las flores.

No hay que buscarla ahora por reinos de dolores,
el alma limpia es gota de una agua milagrosa,
que si bien se evapora, vuelve en formas mejores
a iluminar el sueño de nieve de otras rosas.

IDILIO BÁRBARO

Nervioso el cuello y anchurosa el anca,
populosa la crin, rudo el aliento,
con la nariz de par en par al viento
está la yegua montaraz y blanca.

Un relincho llenando la barranca,

anuncia el garañón hosco y violento
y la hembra en impúdico ardimiento,
del ancho pecho al resoplido arranca...

El fuego une a las bestias como un cincho:
al relincho responde otro relincho
bajo el sol de flamígeras guedejas...

Lleno el deseo, la hembra queda sola
describiendo una S con la cola
y pintando una V con las orejas...

Sin duda Alfredo Espino es el poeta que más ha sabido cautivar el corazón del pueblo con perennidad, en íntima comunión con sus amarguras y alegrías. Todas las anteriores ediciones de Jícaras tristes —desde la primera, hecha por la Universidad de El Salvador en 1936— han sido agotadas en poco tiempo.

Alfredo Espino nació en Ahuachapán, el 8 de enero de 1900 y murió en San salvador el 24 de mayo de 1928.

Su sensibilidad capta el paisaje y el ambiente salvadoreño y lo devuelve con fuerza expresiva, sin olvidar la ternura que está en el trasfondo de sus poemas.

La temática de Alfredo Espino está hecha de todas las cosas con que el hombre se encuentra en su trajín por la geografía salvadoreña: el pájaro, el volcán, el cañaveral, la tarde, el valle, el río, los bueyes o el rancho.

El poeta es un espectador atento a los detalles que le rodean. Es también un ojo que los captura y estampa, que los vuelca emocionado, con frescura y sencillez, con fidelidad fecunda. Hace que el hombre de la ciudad recupere el verdor extraviado entre los horarios y el asfalto; al hombre del agro logra devolverle poéticamente su ambiente cotidiano.